

PUEBLITO QUE FUISTE

Como un poso al fondo del valle, tan callado como el silencio mismo, confundido con el paisaje del que emerges con vergüenza, agotado se te ve. Viejo campanario que intentas trepar doblado, hacia lo que sigue siendo tu cielo y desde tu corta atalaya contemplas lo que un día fue tu pueblo. Ese que alentabas cada hora con tu tañido, donde los chicos jugaban a tula y las niñas estrenaban el domingo de ramos. Pueblo que, en las tardes lluviosas de abril, estrellaba las gotas contra los cristales de la escuela donde un maestro, sabio y mal vestido, enseñaba entre una pizarra negra, un desvencijado mapa de España y una bola del mundo grande y mugrienta.

Aldea que al caer la tarde recibía orgullosa a los que volvían, con las manos ajadas y el rostro quebrado de surcos tejidos al sol. También el casino añoras, viejo campanario, donde vasos de agua y cafés corrientes alternaban con las piezas roñosas de un dominó centenario. Desde tu ruina recuerdas la cúpula de la iglesia mezclar los Jesusito de mi vida de los niños con los cantemos al amor de los amores de las beatas; pero ahora sólo escuchas el piar de los gorriones que han anidado tras la vidriera rota. Sólo queda la campana en tu atalaya, silenciosa y fría, envuelta en un continuo tañido. Un callado toque a muerto sin final, que hace años comenzó; que vacía la aldea de cuerpos y llena el camposanto de almas rotas. De esos que fueron y nunca serán, de aquellos que hicieron el pueblo que agoniza sin remedio. Arriba estás en las últimas, campana vieja, verde también de tiempo y cardenillo. Temblando con tu último estertor te descuelgas poco a poco; se desmorona el murete de la torre y tú también tras él. Tras crujidos de metal y argamasa, él se deshace en mil pedazos y tú caes a tierra gimiendo por última vez, negándote a callar. Te fundes con el pueblo que era tuyo y tú de él, penetrando de golpe su suelo para que tu recuerdo regrese al más allá.

Desde allí, viejo campanario que ya no eres, sigues viendo los muros, rectos, esbeltos y encalados antaño y ahora sin cornisas, deshechos a distinta altura, con las entrañas al aire, cual trozos de guirlache mordidos que muestran al cielo los hogares que fueron. Salpicadas de azulejos las paredes y de piedra lisa los suelos, por donde la vegetación se abre camino. Pueblito que fuiste hace tiempo, dejando al descubierto las vigas podridas de tus techos; cual espinazo de carroña fueron cayendo las cubiertas de paja y adobe, permitiendo a las lluvias de otoño abonar el suelo y transformarlo en manto vivo de recia vegetación. Viviendas vacías hoy de almas y llenas de ondas de rebote de todas las penas y glorias de pasadas generaciones. Entre suelo y techo la vida se marchó y entre suelo y techo se abre de nuevo camino. Aún se distingue el muro de la chimenea del hogar que fue blanco tiznado de negro, por el que ascendía el calor, el fuego y el humo con las risas y los llantos hacia el cielo.

Los pocos árboles que antaño te estilizaban, pequeña aldea que ya no existes, hoy te comen sin templanza. Tanto han crecido sus copas, que ya ni tus muros aguantan. Sólo te falta crecer tu también al mojarte el aguacero, para confundirte del todo con el entorno, pues verde y oscuro está lo que de tus paredes y techos queda, musgo ligado a las puertas de los establos, que se las come enteras, haciéndolas desaparecer, llevándolas donde nada es.

Un poco más allá, en el arrabal, donde nadie sabe qué pasó, tres cruces viejas se yerguen; sucias también del otoño, verdecidas de moho y olvido siendo ya casi paisaje. Tres sacros signos emblema de otra nación, hoy cabalgadas por esparto y retama, como árboles de piedra que mojonan tu entorno.

Aldea que ni en vida tuviste arrollo, ni siquiera ferrocarril, sólo sol, viñas y almendros, y tierra seca bajo el cielo azul y la bruma caliente del estío. Cuelgan las canales abolladas de las pocas cornisas que quedan en la calle camino del camposanto. Allá está, lleno de habitantes dormidos y de árboles rectos y viejos que estrellan sus sombras cada tarde sobre los nichos. Tinieblas alargadas que implacables marcan el tiempo, que cuentan lo que fue el pueblito, de cómo pasó de ser paisaje a ser aldea, de ser aldea a ser cuna de ilustres y como el tallo de la rosa más hermosa o las carnes de la hembra más preciosa, fue envejeciendo y dejándose morir hasta hacerse paisaje otra vez, hasta desaparecer en el fondo del valle, quedando como poso hecho de restos de lo que un día fue.

Jaime Colom Valiente
Marzo de 2009